

TRADICIONES MOLINESAS

Nostalgia del viejo portal

No sé porqué estos días de lluvia le ponen a uno más blandengue el corazón. Te metes en la vieja casona de la abuela y, sentado frente al portón, ves caer el agua, mientras escuchas el goteo sobre las latas y los barreños. Piensas, entonces, en estos pequeños ratillos con que la vida todavía te regala, de vez en cuando, y te quedas embobado en la penumbra, absorto frente al contraluz.

La casa de la abuela está aún llena de reliquias, estampas, altarcillos. Cuelgan de todas partes rosarios, crucifijos, imágenes desgastadas de lo que un día fuimos y viejos calendarios dormidos en Diciembre, como si el tiempo se hubiera detenido un año y otro año para no abandonar los días entrañables.

Todavía recuerdo a la abuela dispuesta, -hace ya treinta años- alegre y vivarachita encalando paredes, ordenándolo todo, cantando siempre, mientras colocaba las flores en el jarrón azul. Otras veces se sentaba sobre la banquetilla, a un lado el canasto de mimbre, al otro aquel gatejo ocrinegro que, de tan bueno y cariñoso, no valía ni para cazar ratones.

Algunos días venían las vecinas a escuchar la novela y, entonces, sacaban a la calle el transistor con aquellas faldillas bordadas en hilos de colores, sobre la pequeña mesa tocinerera. En las atardecidas de primavera, las mujeres y las mocetas se plantaban en círculo alrededor de la radio, con el corazón en un puño, sufriendo las desgracias de una modistilla que tuvo que ir a la ciudad y se quedó preñada, la pobre, de aquel sinvergüenza sin escrúpulos que no tenía sentimientos. A medida que el tiempo pasaba, el círculo se iba cerrando cada vez más, la tensión aumentaba y, cuando más interesante se ponía la novela, terminaba la historia y empezaba a sonar la canción del "ciclista que era el dueño de la pista y del boxeador que golpea que es un primor" Y... a esperar, a ver en que quedaba la cosa. Y así un día y otro día iban pasando sobre el mosaico floreado del viejo portal.

Llegaban los estíos y las amanecidas olían a aguardiente y sabían a galletas de vainilla en la boca des-

dentada del abuelo, el hombre. Se agolpan los recuerdos: manojos de hoces y ruidos de zoquetas, roce de ásperas zamarras en la penumbra del portal, relinchos de caballerías y golpes secos de herraduras, trasiego de botijas y cántaros, fiambreras cerradas de aluminio, cofres donde dormía el tesoro añorado de güeña y longaniza. Y a la noche, el regreso de las mujeres y los hombres cansados de la siega; olor a paja entonces, hombres tirados sobre las albardas como costales de trigo vencidos. Y aún la abuela tenía resuello, la mujer, para preparar el refresco a base de huevo, vinagre y "armisén" en bolsitas.

Un día de noviembre, el abuelo me regaló un toscito camión de madera hecho con sus propias manos y, allí, bajo su mirada tierna, pasaba yo las horas, transportando agallones desde el umbral hasta la cocina y desde la alcoba a la leñera.

Cuando enfermó el abuelo, se quedaba embobado, así, como yo estoy ahora, traspuesto frente al contraluz, imaginando rondas de

mozos que venían a beberle el anís y a llevarse a las hijas para el baile. Y luego los adioses, bendiciones del padre a la hija que se casa, allí arrodillada sobre el rojo cobertor en el umbral y la copla sonando:

"Atí te lo digo mozo que la tengas bien tenida, que la han tenido sus padres en el corazón metida."

Se fue el abuelo en un áspero día de marzo ventoso. Luego, años más tarde, también la abuela se marchó en silencio, dejándonos el viejo portal cuajado de recuerdos.

Casi sin darme cuenta, el sol atardecido llegó hasta las paredes iluminando imágenes, aparejos y llaves, flores secas y rostros velados por el tiempo, calendarios dormidos en el mes de Diciembre.

Hace tiempo que cesó la lluvia, se columpia la parra sobre el portón. Una brizna de aire levanta los papeles y juega con las cosas. Me incorporo y observo: todo queda en su sitio. Cierro la puerta. Fuera huele a tierra mojada. Desde la plaza se oyen gritos y algarabía... ¡hay niños en las calles!

José Antonio Alonso

